

REVISTA  
PORTUGUESA  
de HISTÓRIA

tomo XXXII



COIMBRA 1997 / 1998  
FACULDADE de LETRAS  
da UNIVERSIDADE de COIMBRA  
INSTITUTO de HISTÓRIA ECONÓMICA e SOCIAL

## **Eça de Queiroz y la sociedad portuguesa del último tercio del siglo XIX\***

MARÍA ALICIA LANGA LAORGA

**Universidad Complutense de Madrid**

### **1 - Introducción: La Obra de Eça de Queiroz como elemento de análisis de historia de la sociedad**

Mi intervención ante todos ustedes intenta plantear una cuestión para mí muy importante: la validez de la literatura como fuente histórica y su aplicación a la obra de Eça de Queiroz.

En este sentido es necesario, ante todo, reivindicar la validez de la fuente literaria como importante a la hora de llevar a cabo una investigación sobre historia de la sociedad.

Y aquí habría que matizar otro punto interesante: ¿qué es lo que entendemos por historia de la sociedad?. Evidentemente, la Historia Social cubriría cualquier aspecto de la evolución del hombre en sociedad. No obstante, si tenemos en

\* Conferência proferida no Instituto de Historia Económica e Social da Faculdade de Letras de Coimbra em 8 de Maio de 1997.

cuenta que los primeros estudios de historia social versaron, en un gran porcentaje, sobre el desarrollo de los movimientos sociales, podemos entender que de ello se haya derivado la idea de que historia social, en sentido estricto, es aquella que analiza el conflicto social, su evolución, sus características esenciales, así como las causas y los efectos del mismo y que aborda la configuración de la estructura de la sociedad y la relación de poder entre los distintos grupos sociales. Como quiera que esta definición se ha quedado excesivamente corta cuando otras líneas de análisis de la sociedad han empezado a desarrollarse, por ejemplo: formas de vida cotidiana, relaciones de familia, mentalidades colectivas - sin olvidar el amplio, complejo y cada vez más extendido tema de la historia de las mujeres y el aún más actual de las relaciones de género -, ha sido necesario o bien integrar estos nuevos planteamientos en una concepción más amplia del término historia social, como han hecho británicos y americanos, o bien emplear, como los franceses, el término historia social para la historia de los movimientos sociales - es decir, la historia social tradicional - e historia de la sociedad para la investigación relativa a vida cotidiana, mentalidades colectivas, etc..

Precisamente, es primordial para llevar a cabo una investigación acerca de los aspectos relativos a la historia de la sociedad - si admitimos la diversificación de términos de la escuela francesa - la utilización de la fuente literaria, mediante una metodología adecuada que habrá de ser explicada posteriormente.

Llegados a este punto, será necesario acometer otra importante tarea: comprobar la vigencia de la obra de Eça de Queiroz como fuente de conocimiento de la sociedad portuguesa del último tercio del siglo XIX.

Por tanto, las dos partes de que constará esta conferencia se centrarán en una primera aproximación metodológica sobre la investigación de la literatura como fuente de conocimiento histórico y una segunda en la que se utilizarán las novelas de Eça de Queiroz como ejemplo vivo de la teorización anterior.

## **II - La Literatura como fuente histórica: aproximación metodológica**

Siempre que se aborda, bien de palabra o por escrito, el tema de aquellas investigaciones en las que se utiliza la literatura como fuente histórica hay que

repetir, una y otra vez, los mismos argumentos, intentando convencer a los que escuchan o leen, - algunos bastante escépticos - de la autenticidad de los datos obtenidos.

Valerse de la fuente literaria para reconstruir tiempos pasados plantea problemas como cualquier otra fuente histórica y requiere un método específico de trabajo. En primer lugar hay que tener en cuenta la capacidad del autor para convertirse en testigo de su entorno y de su época; para captar la sociedad en la que vive y que, generalmente, describe en su obra; y para transmitir a sus lectores una imagen cierta de dicha realidad.

Si semejante testimonio es incuestionable o no es algo que hay que someter a riguroso examen habida cuenta de la posibilidad de manipulación de la imagen propuesta por el escritor o escritora, bien de forma inconsciente debido al subjetivismo de todo ser humano a la hora de definir una situación dada, o por deformación expresa de determinadas cuestiones con objeto de favorecer una tesis o en virtud de una finalidad concreta. El literato tiene habitualmente unos planteamientos que defender al desarrollar su discurso, lo que puede dar lugar a determinadas distorsiones expositivas. Además, la creación literaria - como cualquier otra manifestación artística - implica una cierta dosis de imaginación por parte del novelista, que no está reproduciendo la realidad como si de una fotografía se tratase, sino interpretándola y plasmando aquellos rasgos que mejor reflejan sus propuestas de partida, ya sea por razones éticas, estéticas o bien, pura y simplemente, por desarrollar la ficción siguiendo una línea preconcebida.

En cualquier case, en España, historiadores de tan alto prestigio como el profesor José Antonio Maravall, o el profesor José María Jover Zamora han llevado a cabo trabajos de investigación histórica utilizando la fuente literaria, por lo que podemos seguir en esa senda sin miedo, siempre que recurramos a ciertos métodos que eviten, en la medida de lo posible, análisis inadecuados que nos lleven a conclusiones erróneas.

En primer lugar resulta ineludible el conocimiento de la situación histórica en que se gesta la obra literaria, no solo desde un enfoque político, económico y social sino también en lo que se refiere a las corrientes culturales e ideológicas imperantes.

## Maria Alicia Langa Laorga

Después habrá que prestar atención al examen tanto de la biografía del autor así como de su concepción del mundo derivada de experiencias personales, influencias externas - amigos, familia, círculos que frecuenta, etc.. Finalmente, será necesario extremar las precauciones para captar el mensaje implícito o explícito del autor, es decir, aquello que pretende exponer a la atención del lector para defender una determinada postura. El momento histórico, la forma de educación, el grupo social de pertenencia, o la cosmovisión del escritor van a ser elementos subjetivos que pueden impregnar la obra creativa en mayor o menor medida, lo que restaría validez al dato histórico si no sabemos detectar dicha subjetividad para quedarnos únicamente con lo que el discurso literario tiene de reflejo de la realidad.

El texto literario, por consiguiente, bien tratado, permite acercarse a determinados aspectos de la historia como son: las formas de vida cotidiana, el clima psicológico-colectivo de las gentes, la realidad social de las creencias y de las ideas, las mentalidades, etc., campos en los que la literature se convierte en una de las principales fuentes de conocimiento.

Además de acercarnos con tacto a la fuente literaria habrá que actuar con prudencia en su investigación. En este sentido, la fuente literaria, como cualquier otra, habrá de ser contrastada con fuentes complementarias documentales - censos, padrones, protocolos notariales - o de prensa, con el fin de verificar su precisión.

### **III - Eça de Queiroz y la sociedad portuguesa**

En la evolución literaria de Eça de Queiroz quedan patentes dos grandes etapas: la que corresponde a sus años de crítica social inexorable, de denuncia violenta de todo lo que requiere reformas drásticas - su etapa realista, entre 1870 y 1880 aproximadamente, que analizaré en seguida - y la que se inicia a partir de los años ochenta. Este segundo período consta a su vez de dos fases: la primera, de transición, que se define esencialmente por su pesimismo - es fundamental recordar la simbología de la tercera versión de *El crimen del Padre Amaro* (1880), con un último capítulo muy significativo, no incluido en las dos

primeras versiones (1875 y 1876) - y la segunda, de acercamiento a un cierto irracionalismo vitalista.

**A) La Etapa realista y la literatura de combate**

La primera fase realmente importante en la obra queirosiana se inicia hacia 1870 y cubre toda la década. Son años de juventud en los que la necesidad de luchar por un mundo mejor, más justo, más fraterno, es algo que está en el pensamiento de todos los integrantes del grupo del *Cenáculo* y que intentan llevar a cabo de la forma más al alcance de sus posibilidades. Eça de Queiroz interviene en actos de protesta como son las Conferencias del Casino; colabora en *As Farpas*, otro medio de ataque directo; pero se cuestiona la posibilidad de denunciar la situación desde otro ángulo: el medio literario, la novela. Para ello, y siguiendo sus propios planteamientos - expuestos en su conferencia del 12 de Mayo de 1871 - va a pergueñar, durante su estancia en Leiria, su primera novela realista, *El crimen del padre Amaro*, tomando debida nota de la estructura social de la ciudad, sus formas de vida provinciana, los vicios de sus habitantes, ideología política, religiosidad, etc. Estos datos toman forma en los años iniciales de ausencia, es decir durante su estancia en La Habana y posteriormente en Newcastle, donde ostenta cargos diplomáticos. La novela cuenta, además, con tres versiones sustancialmente diferenciadas - especialmente la segunda y la tercera - que avalan la evolución ideológica del autor a lo largo de los cinco años que separan su publicación. Por lo que se refiere a la primera y a la segunda, ambas son perfectamente clasificables en este período de *Literatura de Combate*, mientras que la tercera empieza ya a acusar rasgos de la época decadentista posterior.

Otra de las novelas del período es *El primo Basilio*, en la que Eça describe la vida de las clases medias urbanas, en Lisboa. Por tanto, durante esta década publica dos obras fundamentales: la primera sobre la vida en provincias y la segunda acerca de un determinado grupo social lisboeta. El realismo queirosiano, en el que son evidentes las lecturas efectuadas en los años de universidad - sobre todo Proudhon y Flaubert -, proyecta una visión del entorno, del ambiente,

### María Alicia Langa Laorga

de las situaciones, perfectamente acorde con los sistemas de vida de la época pero deformada, en cierta medida, por deseo expreso del autor y por los motivos que le mueven a desarrollar su actividad literaria. En efecto, los rasgos que caracterizan un determinado análisis de la realidad se exageran hasta llegar a la caricatura. Todo en la producción queirosiana de este momento es blanco y negro, sin medias tintas, recuerdan los cuadros de la última etapa de don Francisco de Goya. Se acentúan aquellos elementos negativos de la sociedad portuguesa: mediocridad, falta de coherencia, apatía y adocenamiento. Los datos que Eça recoge para su estudio son variados, pero, a la hora de organizar el entramado de la obra, eligirá, entre esta multiplicidad, los que más se adecúen al esquema previamente organizado por el autor para conseguir la dimensión buscada desde un principio: reflejar situaciones límite; crear personajes como verdaderos arquetipos caricaturizados; formular una crítica exacerbada del sistema.

Estas novelas realistas - no naturalistas al estilo de Zola - se sirven de imágenes auténticas; utilizan un paisaje que está ahí, que no es ficticio; sitúan la acción dentro de unas coordenadas socio-culturales vigentes en esos momentos; son, por tanto, un reflejo del mundo circundante. Pero los elementos se utilizan, o manipulan, para conseguir un efecto deseado de antemano. Se persigue un fin, la reacción de los lectores. Por eso estas obras de la década de los setenta pueden agruparse bajo el epígrafe de *Literatura de combate*. Eça pretende llevar a cabo un programa de denuncia sistemática, no solo en sus artículos periodísticos, sino en sus novelas. Aunque guste de dejar volar su imaginación, decide embridarla para crear obras ajustadas al modelo literario que considera más idóneo para la consecución de su proyecto político-ideológico, el Realismo tan utilizado por estas fechas en Europa y, sobre todo, en Francia como exponente de una importante corriente de crítica social e inserto en un horizonte más amplio, el positivismo.

Ya desde la década de los treinta Honoré de Balzac publica *La Comédie Humaine*. En 1857, Gustave Flaubert edita *Madame Bovary*. En 1868 Alphonse Daudet escribe *Le petit Chose*. También en los años setenta, Zola inicia la serie de los *Rougon-Macquart* en la que el realismo se transforma en naturalismo,

con una mayor influencia positivista y, sobre todo, darwinista.

Eça de Queiroz, escritor comprometido con una determinada ideología socializante, combate especialmente a la burguesía, - de la que es, por otra parte, un claro exponente - denostando sin piedad sus formas de vida. Esta sátira pretende sacudir las conciencias, mover los corazones, sacar a la sociedad portuguesa de su apatía, impulsándola a un afán renovador, para evitar la decadencia evidente del país.

Para Eça el realismo no es un mero sistema formal, un medio de expresión fotográfico, sino que consiste en utilizar el arte, no por el valor intrínseco del hecho artístico en sí mismo, sino como instrumento de investigación social que ayude al descubrimiento de la Verdad.

El mismo lo expresa sin ambigüedad alguna, a lo largo de su conferencia en el casino lisboeta:

“queremos hacer la fotografía, iba casi a decir la caricatura, del viejo mundo burgués sentimental, santurrón, explotador, aristocrático, etc., y, señalándole al escarnio, a la carcajada, al desprecio del mundo moderno y democrático, preparar su ruina”.

El realismo queirosiano tiene ese componente peninsular de escarnio, hostigamiento, exageración de rasgos negativos - lo que hoy se llamaría “humor negro”- , sigue la trayectoria caricaturesca de la narrativa española del siglo XVII, de los “aguafuertes” de Goya, y prefigura los “esperpentos” de Valle Inclán. Todo ello dirigido contra determinadas capas sociales que, por otra parte, serán las únicas que tengan acceso a su lectura - el índice de analfabetismo en Portugal, por estas fechas, es de un 80%. Además el plan queirosiano no incluye ningún estudio de las clases populares. Hay personajes secundarios de baja extracción social - criados de casa y de campo, medieros, etc. - pero sin que, en ningún caso, despierten el interés del autor. Son comparsas para crear ambiente. Una sola excepción, Juliana, la criada de *El primo Basilio*, mujer ambiciosa, calculadora, poco escrupulosa con los métodos que utiliza para mejorar su posición. En ella se advierte un antagonismo de clase, una combatividad frente a los que están por encima, pero, a la vez, un menosprecio latente hacia sus inferiores.

En estos años Eça intenta desmitificar todo lo que se refiere a la burguesía,



## María Alicia Langa Laorga

la aristocracia, el clero, la clase política; poner de manifiesto las lacras de las clases dominantes. Por otra parte, el populismo queirosiano pretende una reforma desde arriba, nunca una revolución activa del pueblo llano - del que se siente desvinculado - sino una revolución ideocrática. Para él, “um país reduz-se à sua classe dirigente”. Si se quiere cambiar ese país, solamente habrá que concienciar, precisamente, a esa clase dirigente sin perderse en otros planteamientos.

Como modelo de análisis social de esta etapa podemos estudiar *El crimen del Padre Amaro*, donde se describe la ciudad de Leiria y su sociedad con amplias referencias a formas de vida, mentalidades colectivas, etc..

### **1) El reflejo de un entorno**

Las descripciones queirosianas de la pequeña urbe leiriense guardan incuestionables similitudes con la realidad. Así, puede comprobarse a través de las páginas de la novela que se trata de una villa de reducidas dimensiones, en la que se accede a los campos circundantes mediante un simple paseo a pié.

Este campo, que se extiende salpicado de núcleos parroquiales desde los arrabales urbanos hasta los arenales costeros, se muestra fecundo y bien irrigado, parte importante de la riqueza del concejo. El río Liz, bordeado de umbrosas alamedas, sirve de frontera entre el ámbito urbano desarrollado en su margen izquierda, de habitat concentrado, calles cementadas y alumbrado nocturno, y el rural, con edificaciones dispersas, caminos de tierra casi siempre embarrados, árboles, campos de cultivo, ganado. Río típico de zonas climáticas mediterráneas sufre fuertes bajas estivales en su caudal. Cuando comienza la novela, en pleno verano, va muy escaso de agua.

Leiria se encuentra, en esta época, alejada de las grandes y nuevas vías de comunicación, como el ferrocarril. Para desplazarse a otros puntos geográficos del país es necesario utilizar la diligencia que lleva al viajero hasta Chão de Maçãs, donde toma el tren. Teniendo en cuenta que esta población se encuentra a treinta kilómetros, más o menos, de Leiria - según mapas actualizados-, prácticamente una jomada a caballo, el aislamiento de esta última es evidente, incluso tomando en consideración el dato relativo a la modernización de la

carretera, a la que se está aplicando el nuevo sistema de firme experimentado por el ingeniero MacAdam.

La necesidad de utilizar, según describe Eça de Queiroz, la diligencia o las caballerías para salir de la ciudad es un hecho comprobado, ya que la estación de ferrocarril de Leiría no se inaugurará hasta el año 1887. Esta diligencia que, a diario, trae desde Chão de Maçons viajeros, prensa, paquetes y, también, al padre Amaro, no entra hasta el centro de la ciudad, sino que termina su recorrido en las inmediaciones del Rocío, donde se encuentra la posada, concretamente en el *Largo do Chafariz* o plaza de la Fuente Pública, frente al hospital. Consultando el plano, en la margen del río Liz opuesta al hospital se encontraba la *Fonte Grande*, ubicada en una plaza alargada en la que desemboca una calle denominada, precisamente, *rua da Estalagem velha*, por lo que resulta plausible la veracidad del dato literario. La llegada vespertina de la diligencia a esta zona suburbial sirve de pretexto para que se produzcan ciertas concentraciones de ciudadanos que se desplazan, dando un paseo, hasta el *Largo do Chafariz* en busca de noticias del exterior.

El padre Amaro y el canónigo Dias para llegar hasta la calle de la Misericordia, donde tiene preparado su acomodo el nuevo párroco, han de atravesar la *Praça*. El escritor refleja perfectamente el ambiente, hablando de los soportales y de las tiendas que bajo ellos se abren y que, a las nueve de la noche, aún permanecen a disposición de los posibles clientes.

Las calles que salen de la *Praça* le parecen a Eça de Queiroz tortuosas y oscuras, como en realidad son, con casas altas - dato este que solo se menciona en la primera y segunda versiones pero no en la tercera - calles entre las que se encuentra la de la Misericordia, en uno de cuyos lados, hacia la mitad de su recorrido, se alzan los muros del viejo edificio de la Beneficencia. En la tercera versión únicamente se alude a casas bajas y pobres en esta calle. Resulta obvio que la reestructuración de la novela efectuada a distancia, tanto temporal como espacial, produce pequeños errores como el que se indica, ya que estas construcciones constan de dos plantas como muy bien apunta el propio Eça en párrafos posteriores, al describir la vivienda de la *S. Joaneira*.

En la plaza porticada - hoy de Rodrigues Lobo - sitúa el escritor una farmacia,

## Maria Alicia Langa Laorga

la clásica botica que aparece en todas las obras literarias del momento, en cuya trastienda se reúnen los elementos más progresistas del lugar; también una notaría, tabernas y las tiendas ya aludidas; es decir, se trata de una plaza de gran ambiente social, tanto en las primeras horas de la noche, como los domingos por la mañana, con las tabernas llenas de parroquianos, los soportales resguardando a los caballeros atentos a las damas que pululan por las tiendas, todos aguardando la hora de marchar hacia la Catedral para asistir a la Misa Mayor.

Eça no se contenta con incluir en su relato una farmacia, sino que describe otra más, situada en la explanada de la catedral - *Largo da Sé* - que, por cierto existe todavía. No obstante, esta segunda farmacia no se distingue, en la obra queirosiana, por sus tertulias avanzadas, sino por un ambiente diametralmente opuesto. Carlos, su dueño, es un hombre tradicional y conservador, muy amigo de los curas y los canónigos, posiblemente por su proximidad a la iglesia catedral. También describe Eça, en la misma plaza, los locales de la Administración del concejo con todo lujo de detalles, situándolos donde realmente estuvieron, ya que los conocía muy bien.

El Rocío y su mercado dominical, el *Terreiro*, el cementerio, la Catedral van apareciendo a lo largo de todo el relato, creando un entorno que, a pesar de los pequeños errores de descripción absolutamente intrascendentes, refleja lo que ciertamente era la pequeña ciudad de Leiría en los años setenta: una insignificante capital de distrito; alejada, no solamente en distancia, sino por dificultades de acceso, de los núcleos importantes del país; encerrada, por tanto, en sí misma, aunque abierta a la amplia zona rural que la rodeo y sustenta.

Todos los datos sobre el urbanismo leiriense podrían haber sido extraídos simplemente del estudio de determinada documentación: censos, planos, etc.. Sin embargo, ello no invalida la fuente literaria como superflua o redundante, ya que la realidad viva de una ciudad no está en sus edificaciones, calles, plazas o cualquier otro elemento de su estructura, sino que son valiosas aquellas noticias que permiten conocer su ambiente. Así, se nos informa de la pobreza de las casas de la calle de la Misericordia; del tipo de iluminación existente en las tiendas de la *Praça*; del alumbrado de las calles, faroles mortecinos y poco numerosos.

También se habla del silencio hondo de la pequeña urbe, roto por el toque de retreta del acuartelamiento, a las nueve y media de cada noche; o del grito lúgubre de los mochuelos que anidan en los viejos muros de la Misericordia.

Leiría, además de pequeña y rural, es triste. Cuando llega Amaro las tiendas permanecen abiertas, pero las casas están adormecidas, Las calles parecen deshabitadas y nada se escucha salvo el toque de ánimas y más tarde, el del cuartel; son las nueve y media, y es verano. Evidentemente, una capital de distrito portuguesa en los años setenta puede resultar terriblemente tediosa, incluso opresiva. Pero ésto no se detecta a través del análisis de un plano o de una fuente estadística, sino leyendo atentamente esos párrafos en los que un novelista de fina sensibilidad vierte cuidadosamente sus percepciones ambientales.

En algunas ocasiones el paisaje urbano se manipula para dar más énfasis a ciertas escenas. Esto ocurre, por ejemplo, con la vivienda del padre Amaro. Este habitará primero en la casa de la S. Joaneira, donde permanece algún tiempo como huésped, dando lugar a unos amores prohibidos, núcleo fundamental del novelístico; después se trasladará a una casa baja y en pésimas condiciones de habitabilidad, situada en la *rúa das Sousas* - nombre que no corresponde a ninguna calle auténtica de la ciudad - calle, por tanto, inventada por Eça de Queiroz. Además, y según diversas fuentes consultadas, en la edificación existente a espaldas de la catedral se encontraban las habitaciones destinadas a vivienda del cura párroco, o al menos, ésto fué así a principios del siglo XX, sin que haya ningún motivo para pensar que la residencia parroquial no estuviera allí durante el último tercio de la centuria anterior. Resulta obvio que el escritor modificó aquello que estorbaba los planos estructurales de su obra. Sin la estancia del padre Amaro en la casa de la calle de la Misericordia no hubiera habido ni romance ni novela. De todas formas, no contendo con estos cambios, ubica en lo que era realmente la casa del cura, la vivienda del campanero, lugar de cita de los amantes. A este respecto hay que tener en cuenta que esta iglesia nunca tuvo campanario contiguo, dándose el caso - poco usual - de que la torre destinada a campanario se construyó muy cerca de la propia catedral, pero sobre los restos de la muralla, con problemas de asentamiento que provocaron su

### María Alicia Langa Laorga

ruina, siendo reconstruida nuevamente en el mismo lugar en 1772, adosando una pequeña edificación para vivienda del campanero, todo ello a unos cincuenta metros de la iglesia, o algo más. Por tanto, parece que los lugares en los que se desarrollan los amores de Amaro y Amelia no se corresponden con otros reales, posiblemente para evitar herir susceptibilidades si las referencias resultaban demasiado explícitas.

Por lo que se refiere al paisaje rural, los datos suministrados por la fuente literaria recrean un ambiente, describen campos y haciendas pero no facilitan detalles suficientemente concretos como existen en la zona urbana. Por tanto no se pueden sacar conclusiones definitivas sobre el *hinterland* leiriense. Sabemos, sí, que cerca de la ciudad se encuentran fincas cuyos propietarios se clasificarían dentro de las clases medias y de las clases acomodadas un abad, un canónigo, una beata con dinero o una simple viuda con escaso patrimonio. Distintos pasajes del argumento y, por cierto, de gran importancia algunos de ellos, transcurren en estas haciendas rurales, con sus casas destartadas, sus prados, sus pomares y su ganado, con accesos poco confortables, a través de caminos de carros, estrechos, ahogados por las altas vallas de las distintas propiedades, embarrados en época de lluvia, endurecidos y polvorientos en otras ocasiones. La mayoría de estas fincas están atendidas por caseros, aunque su proximidad a la ciudad facilite las visitas constantes de los dueños. Gran parte de las que se describen en la obra están situadas más o menos a una distancia entre media y una legua, es decir, 2,5 a 5,5 Kms. de la ciudad, distancia que se recorre en caballería, carro o, incluso, a pié, advirtiendo el escritor que se trata de “una larga caminata”. Todas ellas al noroeste de la capital, en el triángulo formado por Leiría y las parroquias de Marrazes y Barosa, la primera bastante importante, con unos mil habitantes en la época en que transcurre la novela y la segunda únicamente con quinientos. No obstante, los momentos culminantes del argumento, es decir, el final del embarazo de Amelia, el parto y la muerte de la madre y el bebé - la de éste solo en primera y segunda versiones - ya que en el tercera tendrá lugar, precisamente, en Barosa - acontecen en una finca del canónigo Dias, cuyo nombre varía según las versiones - Cortegana, Cortegaça o Ricoça -, más alejada de la ciudad y, al parecer, en dirección opuesta a las

anteriores, citándose en la obra un valle, *Poiaes*, ilocalizable en ningún mapa de la zona. Ahora bien, lo que quizá Eça de Queiroz ha buscado es enmarcar la tragedia final en un ambiente natural, coincidente con los alrededores de la ciudad, pero sin describir exactamente una zona, sino mezclando detalles para crear un espacio ficticio al igual que hiciera con la casa del campanero o la pensión y la posterior vivienda del párroco.

Resumiendo: la lectura de *El crimen del padre Amaro* nos traslada al ámbito de una pequeña capital de provincias, rodeada de amplia zona rural en cuyo primer cinturón, el más cercano al núcleo urbano, estaría establecido un sistema agrario minifundista, de propiedad fraccionada en pequeñas haciendas trabajadas por caseros y pertenecientes a elementos de la clase media residentes en la ciudad; estas fincas se dedicarían básicamente a la cría de ganado - sobre todo cerdos y alguna vaca, bueyes de tiro - e incluirían huertos y pomares; en las más grandes, vides y olivos; es decir, tierras destinadas a obtener productos alimenticios para el consumo interno de la región. En esta misma franja, cercana a la capital se distribuyen aldeas, en unos casos con la categoría de parroquias - Barosa, Marrazes - en otros, sin tener siquiera esa mínima importancia administrativa, como algunos caseríos diseminados, con su pequeño cementerio, su capilla y su taberna.

Lo comentado constituye un ejemplo claro de la función de la literatura como fuente histórica en lo que se refiere a recreación de un ambiente. Lo mismo ocurre con la captación de las mentalidades colectivas de una determinada sociedad.

## **2) La mentalidad de una sociedad cerrada**

Leiria es el arquetipo de la pequeña capital de provincias, aislada de la penetración de cualquier influencia foránea. Este aislamiento afecta de manera decisiva a la configuración de la mentalidad colectiva de su sociedad. En *El crimen del padre Amaro*, Eça deja traslucir, con evidente maestría - sobre todo en la tercera versión de la novela - los rasgos fundamentales de la peculiar forma de pensar o enjuiciar la vida de esta sociedad cerrada, tradicional e

## María Alicia Langa Laorga

hipócrita. Son, precisamente, estos tres adjetivos los que mejor definen a aquellos grupos que, por su peso específico dentro de la sociedad, marcan las pautas de conducta del resto de sus conciudadanos.

Como las clases populares urbanas tienen escasa importancia tanto en la obra literaria como en la realidad y además, existe una clara cohesión existente entre la pequeña nobleza local - que trata de no perder el poder político - y unas clases medias numerosas, agrupadas en torno a la jerarquía eclesiástica y a la elite del sistema administrativo provincial, que lo único que intentan es mantener las cotas económicas alcanzadas, no puede extrañar el hecho de que, en conjunto, exista uniformidad de criterios en la mayoría de los residentes capitalinos.

Evidencias incuestionables de tratarse de una sociedad cerrada son la desconfianza hacia todo lo que viene de fuera, incluso de Lisboa; la auto-vigilancia ejercida como fórmula de mantenimiento de un orden moral; y, la importancia concedida a las noticias locales, hasta aquellas que consideraríamos irrelevantes.

Los leirioses aparecen en la obra queirosiana como enemigos acérrimos de las nuevas corrientes que contaminarían todo su sistema de vida comunitaria, basado en la jerarquización y el orden. Esas nuevas corrientes podrían llegar de Lisboa, a la que se ve como un inmenso antro de perdición, o bien a través de aquellos elementos ajenos a Leiría, enviados allí por el poder central y educados en la metrópoli. En este sentido es importante el juicio emitido sobre el administrador del concejo y su interés por la esposa del sastre Téllez, o sobre el romance entre la mujer de un diputado y el secretario del gobernador civil, ambos donjuanes venidos de fuera.

Una de las prácticas más efectivas para evitar la contaminación de sus costumbres será la vigilancia exhaustiva de unos a otros y no solo como entretenimiento de señoras ociosas, sino como fórmula que se amplía a todos los grupos sociales, incluso a aquellos que se consideran progresistas. No es únicamente Amparo, la boticaria, quien pasa el día tras los cristales de la sala, vigilando quien entra y sale de la catedral - lo que obligará a Amelia a darle explicaciones sobre sus asiduas visitas a casa del campanero-, sino que los

propios contertulios de la farmacia de la *Praça* atisban desde el interior las idas y venidas de amigos y conocidos por la Arcada.

En esta misma línea estaría la importancia concedida a las noticias relacionadas con cualquier acontecimiento local, mucho más discutidas que las relativas a asuntos nacionales o internacionales. Incluso la prensa se nutre esencialmente de este tipo de noticias, por el interés que despiertan en sus lectores. Así, el “comunicado” de João Eduardo, aparecido en *La Voz del Distrito*, semanario que se edita como único órgano de prensa local, produce una auténtica polvareda par atacar en el mismo a elementos clericales muy conocidos en la ciudad. La llegada de Amaro es, igualmente, noticia que corre de boca en boca.

La ciudad está siempre vigilante, atenta a cualquier movimiento de sus moradores. Esta vigilancia se concreta después en una continua comunicación de datos, de forma que todo el cuerpo social esté debidamente enterado de lo que sucede, para evitar así que los elementos extraños al mismo puedan inficionarlo.

Esta sociedad cerrada y alerta se mantiene, como una consecuencia lógica, profundamente tradicional, aún cuando se alardee de un gran respeto a las libertades públicas, con alguna referencia peyorativa a los tiempos de Costa Cabral.

Se asumen las libertades formales propias del régimen liberal, asentado en el país desde años atrás, siempre que sirvan para defender planteamientos no del todo involucionistas, pero sí de absolute inmovilidad. Las cotas ya alcanzadas son más que suficientes para esas clases medias acomodadas, enormemente temerosas de cualquier tipo de cambio desestabilizador del orden imperante. Y, como pilar del mismo, la necesidad de mantener una clara jerarquización social que resulta incuestionable en la fuente literaria. Ante todo, y a pesar del escaso número de sus componentes, la nobleza local mantiene el predominio político y social. Incluso los integrantes de la pequeña burguesía, como el tabernero Osorio, aceptan la superioridad de estos *barões* el terreno político y asumen la tarea de captación de votes para ellos, en las campañas e electorales.

El mismo Gustavo, aunque sarcástico con el tabernero, y representante de esa elite proletaria de los tipógrafos, que asume plenamente la doctrina socialista,



## Maria Alicia Langa Laorga

siente un cierto respeto atávico hacia la nobleza local.

La preponderancia de la nobleza no es solamente política, aunque ésta sea muy importante, sino, sobre todo, social. Los burgueses de Leiría se sienten muy ufanos cuando son invitados a las tertulias, bailes o fiestas de los Vía Clara. Los altos cargos de la administración cierran filas con estos hidalgos rurales para conseguir ejercer el poder absoluto sobre la ciudad. La clerecía se enorgullece de sus conexiones con la clase dirigente, debidas al prestigio que el sacerdocio confiere a sus ministros.

Parece que el simple intercambio de saludos a la salida de misa significaría un paso más en el ascenso social de Amaro, de muy humilde extracción, que ha pretendido desde pequeño moverse en las altas esferas. Burguesía y clero rinden pués pleitesía a la nobleza local.

Aunque estos dos grupos se encuentren en posiciones secundarias, prefieren mantener éstas que admitir cambios que supongan un peligro. Es necesario, por tanto, que la sociedad permanezca dentro del sistema jerárquico tradicional, donde dichos grupos tienen ya un lugar asignado que no quieren perder.

Nadie debe traspasar los límites de su estrato social. Hay que estar en el sitio que a cada cual le corresponde según su ascendencia, patrimonio, cargo. “Cada uno como quien es”, según apostilla el canónigo. Hasta en el seno de los distintos grupos sociales, y no solamente de unos a otros, se mantienen las diferencias jerárquicas. Amaro consulta todo con su maestro, el canónigo, “a quien, por costumbre de su disciplina eclesiástica, juzgaba él más inteligente por ser superior en jerarquía”.

Para que la sociedad no se vea sometida a cambios traumáticos, la estructuración ordenada según una definida pirámide de poder es contemplada por muchos leirienses como inexcusable.

El miedo al cambio tiene otra vertiente muy interesante. Los elementos más radicales de la ciudad - siempre, por supuesto, dentro de las clases acomodadas - que encabezan, incluso, la oposición al poder político y que son conocidos por sus ideas avanzadas y su anticlericalismo, consideran útil la religión como freno de las clases menos favorecidas y a los curas, a pesar de los defectos que en ellos encuentran, imprescindibles para el mantenimiento del sistema.

Si la religión se conceptúa como un benéfico freno, hasta para los liberales más avanzados, ni que decir tiene que lo que más preocupa a las clases acomodadas de la ciudad es el mantenimiento del orden. El miedo a la subversión resulta un tanto ridículo si se tiene en cuenta la debilidad de las clases populares y el escaso número de elementos de pequeña burguesía que, en esta reducida capital de provincias, podrían protagonizar incidentes peligrosos; pocos, muy pocos, y sometidos al poder económico de las clases dominantes, difícilmente significarían un riesgo. Pero el apego a la propiedad y a las riquezas conseguidas, aunque éstas sean exiguas en algunos casos, acrecienta el temor, tan típico de la burguesía de la época, ante cualquier clase de inestabilidad, olvidados ya los románticos años de la lucha revolucionaria en pro de la igualdad y la justicia. Incluso el doctor Godinho, deja bien sentado que la falta de respeto a la autoridad, la ley y las cosas sagradas, lleva al crimen. Así piensa el abogado progresista, cabeza de la oposición, *Cavour* de Leiria, como se le conoce en los círculos intelectuales de la ciudad. Defiende a ultranza ¡Fe y Orden! Y, ¡qué énfasis pone Eça de Queiroz en los dos conceptos tradicionales! Ambos los escribe con mayúscula para cargar al acento en la enorme importancia que la sociedad leiriense les concede. Definición exacta de la disposición de prioridades imperante: Jerarquía, Religión, Orden Público. Por tanto, la transgresión de unas normas de conducta, unas pautas de convivencia tácitamente asumidos por todo el cuerpo social, provoca la inmediata expulsión del infractor.

Esta convención o pacto lleva aparejada otra importante característica igualmente definitoria de la sociedad de Leiria: la hipocresía. Si resulta absolutamente necesario cumplir con unas reglas de juego y si, además, existe esa constante vigilancia de unos hacia otros, es de suponer que, a la hora de contravenir los preceptos vigentes, habrá que contar con burlar el control. De esta forma se desarrolla todo un programa para guardar las apariencias y permitir a la sociedad ser indulgente, escudándose en la ignorancia de los hechos. Esta sociedad cerrada, tradicional y atenta a reprimir cualquier intento de vulnerar el sistema, aparece, si se investiga a fondo, como enormemente permisiva siempre y cuando los indicios condenatorios sean debidamente encubiertos. En este sentido la fuente literaria cuenta con infinidad de datos que no se pueden exponer aquí.

### Maria Alicia Langa Laorga

Solo algunos personajes, tres concretamente, pertenecientes al grupo social a caballo entre pequeña burguesía y clases populares, intentan, si no llevar a efecto, sí, al menos, hablar de la necesidad de un cambio en esta sociedad cerrada e inmovilista. Poco numerosos y muy débiles frente al resto de sus conciudadanos, aparecen en la obra como simples arquetipos que persiguen la utopía de una cierta evolución social sin posibilidad ninguna de llevarla a cabo. Este incipiente pesimismo queirociano que, la crítica ácida de un sistema que hay que cambiar, añade un dictamen adverso sobre la operatividad de aquellos que podrían intentarlo, esta ya en la línea de sus obras de la década de los ochenta, especialmente *Los Maias*.

Por último, es indispensable referirse al doctor Gouveia, antítesis del mundo social que se analiza. Doctor en medicina; preocupado por sus pacientes; comprensivo e indulgente con las flaquezas humanas; coherente en sus pautas de conducta con la moral natural que le sirve de guía; y agnóstico, declara no necesitar la ayuda de la Iglesia ni la de Dios. Sin embargo, a continuación, aconseja a un católico - que se auto-define creyente pero anticlerical - en el sentido de que se deje guiar por esa Iglesia que para un ateo no tiene valor alguno, pero que se convierte en elemento fundamental de la vida religiosa de cualquiera que tenga fe. Personaje enormemente individualista, sirve de contrapunto a la corrupción del mundo social leiriense, lo mismo que el abad Ferrão constituye la excepción en el ambiente clerical de la ciudad. Los dos atenderán a Amelia en sus horas finales, aceptándola tal como es, sin darle la espalda por su deshonestidad e intentando, únicamente, servirle de ayuda en momentos tan críticos.

Pero, ¿quién condena a Amelia a morir? ¿Dios, la sociedad o el propio autor? El tratamiento del tema de la mujer en todas las novelas de Eça de Queiroz es homogéneo. La mayoría de las protagonistas pecan por ignorancia, por sensualidad o por concupiscencia. Amelia, Luisa, María Eduarda, Leopoldina. No obstante, resulta evidente que no pecan solas; pero, a la hora del castigo, el hombre sale indemne - Amaro, Basilio, Carlos - mientras la mujer la impresión de que no existe el mismo baremo para hombres y mujeres a la hora de enjuiciar su falta de virtud. En *El crimen...* existen, además, continuas alusiones a jóvenes

descarriadas transgredido las normas de la moral. Estos episodios jalonan la obra como premoniciones de lo que será el futuro de Amelia. Obviamente la sociedad de la época no perdona la debilidad femenina que deshonra no solo a la culpable sino también a la familia, amigos y hasta a sus concidanos. Las faltas de la mujer no las disculpan ni siquiera las otras mujeres, con todo lo que significa de falta de solidaridad. Las propias mujeres, por tanto, se erigen en las más encarnizadas defensoras de la salvaguardia de la virtud.

Apesar de todo, el tratamiento reiterado del necesario correctivo a casi todas las mujeres que aparecen en sus obras inclina a pensar en una cierta misoginia queirosiana. Los distintos tratamientos sobre la condición femenina en *El crimen...* van desde los juicios que subvaloran a la mujer, considerándola débil y expuesta a los asedios y necesitada, por tanto, de defensa o del escudo protector de la religión, hasta aquellos que el autor utiliza para describir a Amelia como predispuesta al pecado, ni inocente ni virtuosa, usando del disimulo con auténtica maestría para encubrir los actos pocos ortodoxos. El autor juzga, pues, a las mujeres incapaces de guardarse a sí mismas, con inclinaciones poco acordes con las reglas morales, criterio muy extendido en el sector masculino de la sociedad, pero, también, en el femenino.

Debido a ésto se promueve la necesidad del matrimonio, aunque sea sin amor entre los futuros cónyuges, como salvaguarda del honor de la mujer y, asimismo, como fórmula adecuada para que una dama pueda satisfacer sus inclinaciones naturales sin desdoro para su buen nombre. Esta misoginia queirosiana estaría en la misma línea de los planteamientos de Proudhon, al que Eça admira desde sus años de Coimbra.

## **B) El Pesimismo de Eça**

Como prueba de la idoneidad de la literatura para acercarnos a una determinada realidad social alejada de nosotros en el tiempo, creo que son suficientes las referencias anteriores. Sin embargo, no querría terminar sin referirme a la segunda etapa de la creación queirosiana que como dije al principio se divide a su vez en dos fases, la primeira de las cuales se inicia con um matizado abandono

### Maria Alicia Langa Laorga

del realismo anterior; un relativo simbolismo; intentos de evasión hacia un mundo irreal - *El Mandarín* (1880) - y recursos oníricos para retrotraer la acción a épocas pretéritas - *La Reliquia* (1886) - Ahora bien, la obra que define plenamente este período, en su cariz más sombrío es *Los Maias* (1888). En la forma persiste la más pura ortodoxia realista; incluso el determinismo al que están sometidos sus personajes se inscribiría en un naturalismo al estilo de Zola. Sin embargo, al analizar la novela más a fondo, apunta, tras la apariencia de una obra de crítica social, una gran riqueza de elementos simbólicos y un tratamiento cuidadoso de temas que demuestran la inviabilidad de cualquier proceso de cambio. Con este relato, Eça no trata de fustigar a la sociedad portuguesa para hacerla reaccionar; su mensajes es, por el contrario, absoluto desencanto. La historia del declive de la Familia Maia es la historia de la ruina y caída de Portugal. Portugal se hunde, como se hunde su clase dirigente. Los Maias simbolizan lo que João Medina define como el *finis Portugaliae*. La corrupción y degeneración de esta familia son realmente la corrupción y la degeneración de la nación portuguesa. Los protagonistas, - Carlos da Maia y João da Ega - preparados por educación, conocimientos y posición social para abordar la tarea de sacar al país adelante, fallan en su cometido, son “os vencidos da vida”, como se denominarían a sí mismos algunos de los integrantes de la Generación del 70.

Sim embargo, estos intelectuales que se han hundido en el pesimismo durante la década de los ochenta, una vez llegada la situación política a su peor momentos - crisis del Ultimatum, etc.. - se sentirán galvanizados por la derrota, con lo que los “desengaños” buscarán nuevos cauces para salir del *impasse* histórico en que se encuentra el país. Ya no es tan evidente aquel pesimismo que provocaba el aislamiento intelectual, el “dilettantismo”, la búsqueda de la forma y de la estética como elementos para la propia satisfacción, sino que se aprecian nuevas ideas, un cambio de mentalidad, más acusado hacia el final de la década de los noventa. En cualquier caso, esta búsqueda de nuevas ideas nos es privatida de la *intelligentsia* portuguesa, sino que se advierte en todo el desarrollo cultural de la Europa “fin de siglo”. La recepción de la novela rusa, del teatro escandinavo, la crisis del positivismo como concepción cósmica,

generan en Europa occidental trayectorias cercanas ya al vitalismo irracionalista, coincidiendo con posturas más autoritarias en el campo político, es decir, tendentes a los sistemas dictatoriales o a un socialismo de Estado.

El primer mensaje regeneracionista queirosiano lo encontramos en *La ilustre Casa de Ramires*, ya que es precisamente este concepto de *regeneração* en el que debe situarse esta novela. Efectivamente no estamos ante el envejecimiento, sin redención posible, de *Los Maias*, sino ante la génesis de un cambio salvífico en la figura simbólica de su protagonista, Gonzalo. La propia estructura de la obra en la que el autor recurre a la oposición de dos planos entrelazados y antagónicos, hace que el lector perciba la indefectibilidad de un retorno a las raíces auténticas del país como medio para salir del letargo en el que éste vegeta.

Por otra parte, la mitificación de signo irracionalista como generadora del cambio, constituye otro punto importante a reseñar. Gonzalo, personaje “hamléptico” como lo define João Medina, simboliza la historia de Portugal. Y, para su redención, el autor recurre a un elemento nunca utilizado anteriormente: el héroe de la trama reasume las posturas nobles de su rango mediante la insuflación del alma de sus antepasados durante el sueño. Gonzalo se salvará, no por actos racionales de su propia voluntad que le lleven a la superación de sí mismo, sino por una especie de gracia sobrenatural. La vuelta a las raíces, fórmula de regeneración, no será fruto del esfuerzo, sino don otorgado. Nos encontramos aquí con un cierto mesianismo o *sebastianismo* en sentido amplio; un irracionalismo que comienza a emerger en la literatura queirosiana.

La última de sus novelas, *La ciudad y las sierras*, es un canto a la esperanza. Publicada después de la muerte del autor, tiene gran éxito en Portugal, aunque posteriormente se haya calificado la novela de reaccionaria, considerándola un giro a la derecha, un acto de contricción de un hombre arrepentido de sus diatribas contra el sistema establecido.

Desde mi punto de vista, la última fase de la evolución literaria queirosiana responde a las nuevas líneas del pensamiento europeo. El problema estriba en que los intelectuales que se han educado en un positivismo pleno, desilusionado de un sistema que no ha resuelto sino agravado la injusticia social y las diferencias entre los hombres e, incluso, entre las naciones, intentan otro camino tras la

**María Alicia Langa Laorga**

inhibición esteticista: el del vitalismo biologista y el irracionalismo que la generación posterior asumirá plenamente sin las ambigüedades propias de unos pioneros que han de hallar nuevas sendas en el ocaso de sus vidas.

En cualquier caso, la segunda parte de *La ciudad y las sierras* refleja rasgos claramente vitalistas y biologistas. La salvación de Jacinto no llega, como en *La Ilustre Casa de Ramires*, a través de un elemento sobrenatural, sino por medio de la vuelta a las raíces, pero en sentido estricto, al solar de los antepasados, a la tierra. La felicidad no estaría en el poder unido al saber, sino en lo espontáneo, en lo natural de esa *madre tierra*.

“Jacinto había echado raíces, robustas y amorosas raíces en el terruño serrano.

Era realmente como si lo hubieran trasplantado a aquella tierra antiquísima de donde había brotado su raza, y el humus antiquísimo de fluyese y lo penetrara todo transformándole en un Jacinto rural casi vegetal”.

Creo que no es necesario ningún comentario más a las palabras del escritor para comprender que sitúa la esperanza de salvación en un verdadero retomo a la tierra desde una perspectiva claramente biológica, es decir vitalista.

¡Que lejos de los planteamientos de los años 70!